

LA IMPORTANCIA DEL TERMALISMO EN EL NACIMIENTO Y DESARROLLO DEL TURISMO EN EUROPA EN EL SIGLO XIX*

Dominique Jarrassé

Universidad Michel de Montaigne-Bordeaux 3

Ir al balneario tiene carácter de viaje y de veraneo a la vez, dos componentes esenciales del turismo. No es, por tanto, sorprendente que, desde el momento en que se analizan los orígenes del turismo, el historiador se encuentre con el termalismo. En verdad, hablamos de una práctica que tiene, sin duda, algunos de sus antecedentes en la peregrinación o en los desplazamientos estacionales de los soberanos. Uno de los especialistas franceses de la historia del turismo, Marc Boyer¹, ha señalado que las aguas, incluida la estación de Bath, se encontraban en el eje principal de lo que él llama la «Revolución turística», que tuvo lugar en el s. XVIII. Su tesis se funda en el estudio del sureste de Francia y la tesis de Michel Chadeaud sobre los Pirineos confirma este punto de vista². Sin duda, una cierta presencia del hecho termal sobre el fenómeno turístico podría sugerir la idea de que el primero es una de las causas del segundo, pero esto supondría plantear mal la pregunta. Se trata, sobre todo, de dos hechos de la misma naturaleza que muy rápidamente, desde finales del s. XVIII, encontraron una concomitancia y una interdependencia en algunos países.

El esquema de este análisis muestra que no es cuestión de pretender presentar este proceso en toda Europa. En efecto, las relaciones entre el

* Traducción del francés realizada por Carlos Larrinaga Rodríguez.

¹ Marc BOYER, *L'invention du tourisme. Origine et développement du tourisme dans le Sud-Est de la France du XVIIe siècle au Second Empire*, tesis de geografía, Universidad de Lyon, Lyon, 1997; id., *L'invention du tourisme*, Gallimard, Paris, 1996.

² Michel CHADEFAUD, *Aux origines du tourisme dans les pays de l'Adour. (Du mythe à l'espace: un essai de géographie historique)*, Universidad de Pau, Pau, 1987.

termalismo y el turismo, tal y como podemos examinarlas aquí, pertenecen a la cultura de la Europa occidental extendida a una parte de Europa central bajo la influencia alemana. Así, los grandes lugares de gestación de esta forma de termalismo van de Bath a Marienbad, pasando por Montecatini, Kissingen o Vichy. Dada la imposibilidad de hacer un repaso de la evolución del proceso en cada país, sólo nos queda la solución de una aproximación global relevante de una historia cultural más que social o cuantitativa, pues aunque los testigos abundan, los medios estadísticos faltan para principios del s. XIX. Incluso la posibilidad de diferenciar en las estancias termales lo que se refiere a curas y lo que resulta veraneo no es tarea fácil, ya que estas dos facetas no se corresponden totalmente con la práctica turística del s. XVIII y principios del XIX. Intentaremos más bien mostrar la profunda equivalencia de estas prácticas, insistiendo en que es lógico que las aguas, marco de una forma original de turismo, se revelen como un factor de desarrollo. En verdad, no se trata de negar el valor terapéutico ni la presencia de enfermos, pero si ésta tiene un efecto desencadenante en la calificación de los lugares, una buena parte de las estructuras de acogida, de tiempo libre y de la sociabilidad termal tiene su justificación en la presencia de turistas o de agüistas que buscaban aprovechar los placeres de una estación termal. Es la mezcla de estos dos componentes la que asegura a la ciudad de las aguas su originalidad y la que construye un modelo de turismo de costa y de montaña inicialmente unido también a una gestión terapéutica.

1. El termalismo en los orígenes del turismo

Se trata de una práctica hoy en día marginada, al menos en Europa occidental, debido a lo reducido de su componente médico. Sin embargo, el termalismo ha jugado un papel fundamental en el nacimiento del turismo y en su desarrollo a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Hoy los intentos para relanzar un turismo de salud favorecen más las prácticas como la talasoterapia que un termalismo clásico que pudiera tomar como fundamento una práctica médica.

El desplazamiento hacia una estancia termal se encuentra en la herencia de una larga serie de prácticas, a saber: la peregrinación a algunos antiguos santuarios (se ha señalado la estrecha unión entre práctica termal y culto) o fuentes «cristianizadas» donde la asistencia se basaba frecuentemente en la presencia de un antiguo culto pagano; el «grand tour» inglés, que incluía, a lo largo del s. XVIII, ciertos lugares termales

en su itinerario; las llamadas «curiosidades» para ver, que poco a poco tendieron a codificarse; y, en fin, un cierto tipo de estancias promovidas desde el s. XVI por los reyes, a quienes seguían los aristócratas. En este caso los lugares preferidos se renovaron conforme a su democratización, de suerte que Bath fue abandonada por la aristocracia en favor de Cheltenham.

En su libro *L'invention du tourisme* Marc Boyer considera «l'invention de la saison thermale, contemporaine du "Tour" et tout aussi britannique»³. Es cierto, pero el esquema resulta un poco frágil. En verdad, no se puede pretender que Bath esté en el origen de las estancias termales, ya que solamente una forma de rito, codificada por el famoso Beau Nash, encuentra allí su origen. Una visión tal olvida las estaciones termales del continente que conocieron su auge desde el s. XVII.

El estudio de los orígenes del turismo necesitaría una aproximación profunda del s. XVIII para mostrar la relación entre prácticas termales y turísticas, lo que resulta evidente desde principios de ese siglo en Spa, Bath o en las estaciones termales de Renania y de los Pirineos. Para Spa, Etienne Hélin ha intentado un análisis de la frecuencia y cita un *Tableau de Spa, manuel indispensable à ceux qui fréquentent les eaux de ce bourg*, que data de 1782 y que se remite a esta extrapolación reconociendo la dimensión «turística» de la estación termal. En efecto, en él podemos leer lo siguiente: «sur deux à trois mille étrangers qui vont à Spa tous les ans, on n'en compterait pas deux cents qui fassent usage des eaux. Le reste y va donc par curiosité, par désœuvrement, par air: quelques-uns pour y jouir de la liberté qu'on y trouve plus et le plus grand nombre pour jouer»⁴. Por consiguiente, se ve perfectamente que el prototipo de turismo termal del s. XIX hay que buscarlo en Spa, cuyo nombre se extendió en inglés a todas las ciudades de aguas, y en sus rivales de Renania. En 1870 se cuentan en Baden-Baden 6.000 agüistas por 56.000 turistas.

Cada factor que explica el nacimiento del «turismo» encuentra un elemento paralelo en el termalismo, ya se trate de sus dos facetas principales —el desplazamiento en busca de curiosidades o la estancia como veraneo— o de su ritualización social, que reposa en una «distinción» y una sociabilidad particular. Por supuesto, la dimensión «turística» subyacente en la práctica termal no debe enmascarar completamente

³ Marc BOYER, *L'invention du tourisme...*, p. 33.

⁴ «Aux origines du tourisme contemporain. Les amusements de Spa», *Histories d'eaux. Stations thermale et balnéaires en Belgique xvie-xxe siècle*, CGER, Bruxelles, 1987, pp. 71-89.

la motivación primera, la cura, pero ¿esta práctica termal no jugó igualmente un papel primordial en la elaboración misma de los comportamientos de la cultura del uno mismo⁵, del individualismo aristocrático primero y burgués después? Los cuidados termales en las estaciones alejadas⁶, mucho tiempo reservadas a las clases privilegiadas que disponían de tiempo y de medios, se conjugan con una práctica considerada como vacacional.

Ahora bien, esta práctica se remonta a la Antigüedad. Es maravilloso que ya la famosa tabla de Peutinger, copia medieval de un plano romano del s. IV y precursora de los itinerarios, indicara al lado de las rutas, tanto los ríos y las principales ciudades, como las «aquae», marcadas mediante un símbolo arquitectónico. Es ya una forma de veraneo la que supone la balnearioterapia en Edipsos para los griegos o en Bayas para los romanos. Se vinculaban ya a estos lugares connotaciones ambivalentes, placeres y cuidados, pero también eran un marco de ostentación, lugares demasiado mezclados y, en fin, lugares de especulación. Mario, por ejemplo, invirtió en los baños de Bayas, donde se levantaron villas aristocráticas⁷.

Peregrinación y curas termales son también dos motivos mayores de desplazamiento en la antigua Europa y hemos mostrado⁸ ya que el *Voyage en Italie* de Montaigne⁹, redescubierto en el s. XVIII, es, en principio, un viaje a las aguas, género en su origen de una forma literaria. Montaigne fue alojándose de balneario en balneario antes de ir a Roma: en Plombières, Baden, Argovia y Lucques... Ahora bien, con gran agudeza, Montaigne se había dado cuenta de que lo importante en este asunto era el desplazamiento; en *Les Essais* (II, 15), escribe: «On fait au Liege grande feste des bains de Luque, et en la Toscane de

⁵ Carl HAVELANGE escribe precisamente refiriéndose a Spa en «La ville d'eaux comme anamorphose. Le modèle spadois au XVIII^e siècle», *2000 ans de thermalisme. Economie, patrimoine, rites et pratiques*, actes du colloque de Royat réunis par D. Jarrassé, CHEC/IEMC, Clermont-Ferrand, 1996, p. 223: «La cure elle-même est un jeu et participe pleinement à cette forme nouvelle d'une "culture de soi" à partir de laquelle, aux racines de notre individualisme, s'édifiera la notion contemporaine de loisir et de bien-être».

⁶ Conviene tener en cuenta que un termalismo de proximidad siempre fue practicado por las clases populares en unas proporciones difíciles de medir, a veces en unión con las tradiciones locales.

⁷ Xavier LAFON, «Baïes, une nouvelle forme de thermalisme (I^{er}-II^e siècles av. J.C.)», *2000 ans de thermalisme...*, *op. cit.*, pp. 11-21.

⁸ «Poétique de la ville d'eaux», *Villes d'eaux en France*, IFA, Paris, 1984.

⁹ *Journal de voyage de Michel de Montaigne en Italie par la Suisse et l'Allemagne en 1580 et 1581*, introducción de Meusnier de Querlon, Le Jay, Paris, 1774.

ceulx d'Aspa». Doscientos años más tarde, Diderot se hacía eco diciendo: «Les eaux les plus éloignées sont les plus salutaires» (*Voyage à Bourbonne*, 1770). Así se pone en evidencia una característica clave en la práctica turística, la «gratuidad» del desplazamiento, ya que uno se podría curar más cerca. Por tanto, no sorprende que desde ese momento los lugares termales de montaña, ofreciendo a la nueva sensibilidad romántica un marco pintoresco, hayan suscitado un entusiasmo turístico.

2. La búsqueda de lo pintoresco: el termalismo romántico como factor de descubrimiento turístico

Lo pintoresco es un segundo factor primordial de la fusión entre práctica termal y turismo. Las aguas situadas demasiado cerca de las capitales raramente se desarrollaron o continuaron en activo en época romántica, pues rápidamente se vio que el gusto por la naturaleza, y por la montaña en particular, se conjugaba con la implantación de un gran número de lugares termales. La estación sirvió incluso de cabeza de puente para la penetración en las regiones hasta entonces olvidadas y no explotadas. El termalismo es un factor de descubrimiento del territorio nacional. Así, en busca de lugares «pintorescos», los pintores se instalaron frecuentemente en las ciudades balnearias para llegar a diferentes puntos de los valles de alrededor contribuyendo de esta forma a la construcción del paisaje romántico y a la fijación de tópicos turísticos. Un testimonio del término «turista» en francés se encuentra precisamente en la traducción de una novela de Walter Scott, *Les Eaux de Saint-Ronan* (*St Ronan's Well*), quien desarrolla una intriga novelesca en un «spa» de Escocia. Con relación a ese viejo pueblo de Saint-Ronan, cerca del cual se construyó la estación termal, Walter Scott escribe: «estaba ubicado en un lugar tan romántico que todos *les touristes* se paraban allí para coger sus pinceles»¹⁰. Es interesante encontrarse esta famosa palabra, dada a conocer por las *Mémoires d'un touriste* de Stendhal en 1838, impresa en esta novela en cursiva y acompañada por una nota del traductor: «*A tourist, voyageur artiste ou voyageur littéraire*».

Esta atención fijada en los balnearios es una verdadera herencia del s. XVIII. Marcando una etapa en el circuito del «grand tour» y prefigu-

¹⁰ *Les Eaux de Saint-Ronan*, trad. par Defauconpret, Furne, Paris, 1830, p. 2.

rando la estancia turística, incluso el pueblo de vacaciones, las aguas o los «spas» son un lugar clave en la aparición de las primeras formas de turismo unidas a una sensibilidad hacia la naturaleza, habiendo enriquecido el campo del *sightseeing*.

La aspiración de reencontrarse con la naturaleza agreste pretende ser hallada, evidentemente, en las estaciones termales, tanto por su marco salvaje, como por la presencia fascinante de las aguas. Las aguas calientes, minerales, que brotan de la montaña, de rocas, de grutas, acentúan la sensación del bebedor o del bañista de penetrar en un mundo donde las fuerzas telúricas están más cercanas, de reconciliarse con una dimensión primitiva de su ser o de la humanidad. Pero al mismo tiempo estas fuerzas parecen domesticadas, socializadas por rituales que no tienen nada de religioso, que toman prestadas sus etapas a la mundanalidad. El beber un vaso de agua y el tomar los baños, incluso en establecimientos todavía muy vulgares, se convirtieron en momentos de citas, de actos sociales, más que en un acto de comunión con la naturaleza.

La excursión se convierte en una actividad termal que concierne tanto al agüista, sacrificando sus obligaciones, como al turista. Todas las guías de los balnearios incluyen un repertorio de los lugares próximos como posibles destinos para el paseo o para la visita. Las cascadas, los bosques, las ruinas de castillos (en Bade) o abadías (Haute-combe cerca de Aix-en-Savoie) estaban unidos por una red de caminos a las ciudades balnearias, comprendiendo tanto las montañas como los valles o los bosques de alrededor. Puede suceder también que el ritual termal consista en dirigirse a diferentes fuentes, como en Spa, o ir hacia fuentes alejadas. Así, los baños de la Raillère, debajo de Cauterets, suscitan esta descripción de Víctor Hugo a su amigo Louis Boulanger:

«Figurez-vous, Louis, que je me lève tous les jours à quatre heures du matin et qu'à cette heure sombre et claire tout à la fois je m'en vais dans la montagne. Je marche le long d'un torrent, je m'enforce dans une gorge la plus sauvage qu'il y ait, et, sous prétexte de me tremper dans de l'eau et de boire du soufre, j'ai tous les jours un spectacle nouveau, inattendu et merveilleux.

Hier, la nuit avait été pluvieuse, l'air était froid, les sapins mouillés étaient plus noirs qu'à l'ordinaire, les brumes montaient de toutes parts des ravins comme les fumées d'une solfatare; un bruit hideux et terrible sortait des ténèbres, en bas, dans le précipice, sous mes pieds; c'était le cri de rage du torrent caché par le brouillard. Je ne sais quoi de vague, de surnaturel et d'impossible se mêlait au paysage; tout était ténébreux et

comme pensif autour de moi; les spectres immenses des montagnes m'apparaisaient par les trous des nuées comme à travers des linceuls déchirés»¹¹.

Se pregunta sobre el misterio de la naturaleza, sobre la vida de los objetos inanimados, sobre la emoción que suscitan las realidades sensibles y termina por declarar: «Je voue mon esprit à contempler le monde et à étudier le mystère. Je passe ma vie entre un point d'admiration et un point d'interrogation».

Ahora bien, si confrontamos esta visión con una litografía contemporánea de Jacottet en la que se muestra a los agüistas camino de los baños de la Raillère¹², se percibe que la naturaleza salvaje existe, sobre todo, en la visión de Hugo, ya que la realidad estaba ya bastante edulcorada. Por otra parte, su descubrimiento estaba preparado, puesto en escena, prefijado. Los paseos por los alrededores estaban balizados y contaban con bancos, conducían a los miradores obligados e inmortalizados por las litografías. El contexto natural primaba entonces sobre la aspiración de las estaciones termales a alcanzar el rango de ciudad y la función objeto-recuerdo descubierta en las litografías reposaba en los alrededores pintorescos. Las colecciones de litografías de los lugares termales románticos son innumerables, habiendo hecho de ello su especialidad los artistas ingleses. Algunos litógrafos recorrieron incluso regiones muy diversas. Así, a Julien Jacottet¹³, quien viajó por toda Europa, pertenecen los *Souvenirs des Pyrénées* (1835-1841), obra subtitulada «choix des sites les plus pittoresques des établissements thermaux et des environs», los *Souvenirs pittoresques du Mont-Dore*, un *Album d'Uriage*, los *Souvenirs de Baden-Baden* (1837) e incluso *Six vues des bains de Lucques*.

Se sabe también que los primeros montañeros salían de las estaciones termales, como Ramond de Carbonnières, que subió al Monte Perdidó en 1797. Como recuerdo, la Société Ramond fue fundada en 1865 en Bagnères-de-Bigorre. Las sociedades de alpinismo se multiplicaron durante estos años. En 1877 Albert Dupaigne escribe en la introducción de su obra *Les Montagnes*: «Ce sont les Anglais qui, les premiers, n'ont pas craint d'associer à ces excursions leurs familles. Il sont trouvés,

¹¹ *Alpes (1837) et Pyrénées (1843)*, Libraire du Victor Hugo illustré, p. 107.

¹² *Souvenirs des Pyrénées*, 1835, pl. 23.

¹³ Sobre este artista y la representación de las ciudades termales, véase D. JARRASSÉ, *Les Thermes romantiques. Bains et villégiature en France de 1800 à 1850*, IEMC/CHEC, 1992, Clermont-Ferrand, pp. 254-258.

en Suisse, en France et en Allemagne, de nombreux imitateurs, de sorte que les villes d'eaux minérales des Alpes, de la Forêt-Noire, de l'Auvergne et des Pyrénées, qui ne recevaient guère avec leurs baigneurs, que des amateurs de jeux de hasard ou tout au plus de promenades, ont vu bientôt se multiplier ces visiteurs d'un nouveau genre, qu'on a nommés les *touristes*, c'est-à-dire les voyageurs de plaisir, venus pour faire un *tour* dans les montagnes».

Por tanto, el termalismo ha jugado un papel fundamental en el descubrimiento de la montaña. Así lo atestiguan las primeras construcciones de hoteles alpinos en Engadine¹⁴, situadas justamente en Bad Tarasp y St. Moritz Bad, entre 1860 y 1864.

Hay que destacar que algunos balnearios de montaña continuaran desarrollándose gracias a una nueva práctica, no ya turística, sino deportiva, el esquí. En 1884, Saint-Moritz, en Suiza, fue la primera estación termal en ofrecer esta actividad llena de futuro. Frecuentemente una estación de deportes de invierno ha venido a complementar la actividad termal, que a veces se ha visto modificada bien gracias una puesta a punto, bien gracias a una actividad de recreo acuático antes inexistente. El centro Caldea des Escaldes en Andorra ofrece un buen ejemplo de este tipo de práctica contemporánea.

Otra forma de turismo pudo encontrar también su pleno desarrollo en las ciudades de aguas, ya que, al disponer el agüista de tiempo, las guías recomendaban que se interesara por la artesanía local e incluso por las industrias. No solamente se visitaban las infraestructuras termales y las plantas de embotellamiento, sino también las fábricas de jabones. Los alrededores de Vichy, poco industrializados, sugirieron, sin embargo, al litógrafo Hubert Clerget una serie de vistas. Una papelería o una fábrica de hilados se visitaban como si fueran castillos o cuevas. Sin duda, este embrión de turismo industrial está unido a la preocupación de multiplicar las salidas comerciales de los productos locales.

Si la generación romántica encuentra en los balnearios un marco privilegiado de exaltación de su sensibilidad, la llegada de extranjeros a las regiones aisladas tuvo un efecto directo en el desarrollo económico y cultural, lo que no sucedió sin una cierta folklorización de los autóctonos. Las infraestructuras de transporte fueron creadas para llevar a los agüistas y a los turistas y no es extraño que fueran los balnearios los que acelerasen la llegada del ferrocarril en algunas regiones alejadas. La

¹⁴ Isabelle RICKI, *Das Hotel in den Alpen. Die Geschichte der OberEngadiner Hotelarchitektur von 1860 bis 1914*, Zürich, 1989, p. 73.

magnífica «ruta termal» de los Pirineos, que enlaza las estaciones de valle en valle desde Eaux-Chaudes hasta Luchon, fue impulsada por Napoleón III en 1859 a instancias de su ministro Achille Fould, igualmente presidente del Consejo general del departamento de los Altos Pirineos.

Además, su dimensión higiénica (cura de aire) y el marco natural de las estaciones termales resultan un factor primordial de su atractivo. Por ejemplo, dejó de accederse a los baños de Pfaffers (Suiza) por escaleras y las tomas de agua se trasladaron a Bad Ragaz, aunque sus curiosidades geológicas, antes de imponerse el esquí, siguieron siendo célebres. En Baden bei Wien fue el bosque vienés, la conocida Wienerwald, el principal atractivo para todos aquellos interesados por sus raíces profundas. De Hombourg y Nauheim se exaltaban las excursiones en el Taunus. El plano de los balnearios de Europa muestra claramente su concentración en los sectores montañosos o forestales. Sin duda alguna, las razones eran también geológicas, ya que las fuentes brotan en unión con las cavidades del relieve, si bien millares de fuentes termales o minerales no se desarrollaron o se reservaron a un disfrute local por la falta de un marco pintoresco.

Cuando un balneario no consigue una notoriedad internacional gracias a su casino o a sus fiestas, el componente natural resulta esencial; adquiere una connotación higienista y pintoresca. La pequeña estación de Soden, igualmente en el Taunus, es descrita así por una guía francesa¹⁵: «Quelle disposition plus heureuse que celle du village, adossé à la montagne et protégé contre les vents du nord par le Feldberg et l'Altkonig, les deux cimes les plus élevées de la chaîne du Taunus! Aussi l'air y est-il d'une pureté parfaite et d'une température presque toujours égale. Joignez à ces avantages un genre de vie calme et paisible, des distractions champêtres, des promenades sans fatigue, dans des sentiers ombragés, et vous aurez en grande partie le secret des bons effets de ces eaux sur les phtisiques»¹⁶. Una litografía de 1850 opta por desarrollar la visión pintoresca y añadir, según un método publicitario corriente, los alrededores: en el centro, una vista del pueblo en su marco natural y una vista del parque de las fuentes con el *kurhaus* al fondo; alrededor de las dos imágenes principales, una serie de lugares, miradores o castillos en los escarpados rocosos, etc.

¹⁵ Constantin JAMES, *Guide pratique aux eaux minérales et aux bains de mer* ..., 6e éd., V. Masson, Paris, 1867, p. 233-4.

¹⁶ *Alpes (1837) et Pyrénées (1843)*, Librairie du Victor Hugo illustré, p. 107.

3. El balneario y el ocio en el s. XIX

Sin embargo, como señala atinadamente una reciente tesis sobre el termalismo francés en el s. XIX¹⁷, «les villes d'eaux ne sont pas seulement des infrastructures nécessaires à la pratique d'un tourisme dans les espaces environnants, mais elles deviennent elles-mêmes objets et buts de déplacement touristiques. La ville d'eaux devient objet de spectacle, elle est fréquentée pour son plaisir, et non seulement pour se soigner. Le tourisme en tant que loisir transforme ainsi le thermalisme et le modifie, en l'englobant dans le monde des plaisirs et des loisirs, sans pour autant faire disparaître la médecine». Esto se da a condición de distinguir dos tipos de estaciones termales: las pequeñas o las que guardan la preponderancia de la actividad médica y las grandes, que merecen el nombre de «villes d'eaux», expresión forjada en Francia a partir del Segundo Imperio¹⁸. El termalismo participa de forma innegable de lo que Alain Corbin, que había ya mostrado el «désir de rivage», llamó «l'avènement des loisirs»¹⁹. Todos los historiadores del termalismo han puesto el acento en un doble componente de la búsqueda de salud y ocio²⁰.

Si uno se dirigía a una ciudad de aguas de moda en 1860, ¿qué encontraba allí? El agüista o el turista que iba a Wiesbaden, por ejemplo, descubría el pasado histórico de una ciudad marcada por las ruinas romanas y los castillos principescos, curiosos monumentos como la iglesia rusa (mausoleo de la duquesa Elisabeth Michaelovna de Nassau), un teatro y un *Kursaal*, uno de los casinos más ricos y atractivos de Alemania, el cual fue construido en estilo neoclásico en 1810, estaba flanqueado por columnatas y aparecía como el monumento emblemático de la estación²¹. Además, un parque conducía del *Kursaal* a las ruinas de Sonneberg e incluso a la estación. Para atraer a los turistas, además de juegos, cada ciudad termal alemana buscó algún tipo de

¹⁷ Jérôme PENEZ, *L'alchimie thermale: eau, médecine et loisirs. Histoire du thermalisme en France au XIXe siècle*, tesis de historia, Universidad de París VII, 2000, p. 378.

¹⁸ Mihail MOLDOVEANU (dir.), *Ciudades Termales en Europa*, Lunwerg, Madrid-Barcelona, 2000.

¹⁹ Alain CORBIN (dir.), *L'Avènement des loisirs 1850-1960*, Aubier, París, 1995.

²⁰ Paul GERBOD, «Loisirs et santé: les cures thermales en France (1850-1900)», in Adeline DAUMARD (dir.), *Oisiveté et loisirs dans les sociétés occidentales au XIXe siècle*, Abbeville, 1983, pp. 195-205.

²¹ Para más detalles, véanse: Rolf BOTHE (dir.), *Kurstädte in Deutschland. Zur Geschichte einer Baugattung*, Berlin, 1984, pp. 25-29; Petra SIMON et Birgit BEHRENS, *Badekur und Kurbad. Bauten in deutschen Bädern 1780-1920*, Munich, 1988, pp. 231-244.

distinción: Hombourg ofrecía caza, Baden-Baden carreras y teatro, Ems el espectáculo de la aristocracia europea y Wiesbaden, mucho antes que los otros, creó un festival de música. Con las excursiones organizadas por el Taunus vecino, fueron muchas las actividades de carácter turístico y mundano que hicieron de Wiesbaden un lugar atractivo incluso para los agüistas. Los bebedores de agua se encontraban por la mañana en la *Trinkhalle*, galería cubierta de 250 metros de largo donde se paseaba y donde se escuchaba tocar a los músicos desde las 6.

En efecto, desde la segunda mitad del s. XIX y, sin duda, a causa de una menor sensibilidad romántica hacia la naturaleza pintoresca, la estación llegó a depender menos de sus alrededores pintorescos, de suerte que se replegó sobre sí misma, en su parque o en torno a un espacio en el cual se concentraba el máximo de actividades. Objetivos económicos participaron igualmente en este repliegue, donde el curista o el turista, ante todo, iba a gastar en el lugar mismo. Este es el papel en particular del casino, lugar que acaba por marcar la distinción entre una verdadera ciudad de las aguas y otra de simples «baños». De esta manera, las ciudades termales se convertirán en «los salones de Europa»²²

La ciudad termal genera, pues, una sociabilidad particular en dos facetas no exclusivas: por una parte, una mundanalidad específica unida a la duración de la estancia y a los rituales del vaso de agua o del baño; por otra parte, una mundanalidad común a todos los lugares turísticos, ya se trate de costa, de estaciones de invierno o de algunas ciudades históricas. Cada faceta genera sus lugares de representación: al lado de las termas monumentales, las fuentes de aguas y las galerías-paseo ofrecen espacios para la buena convivencia y procuran a menudo una unión con el casino y los hoteles. En medio de esta organización espacial se encuentra frecuentemente un parque que asegura la cohesión del conjunto, hasta que termina a veces por englobar el barrio termal. Algunas ciudades termales se revelan así como modelo de futuras ciudades de vacaciones, no siendo casualidad que en Francia el Club Méditerranée escogiera el barrio termal de Vittel.

La fuente de agua termal se convirtió rápidamente en un marco privilegiado de mundanalidad en las estaciones inglesas de Bath o de Cheltenham, tomando el aspecto de *vauxhall*. En Alemania y en Bohemia, desde principios del s. XIX, la costumbre era asociar a los grifos o a los baños una columnata de paseo, tal como sucede en Wiesbaden, en

²² D. JARRASSÉ, «Los salones de Europa», in Mihail MOLDOVEANU (dir.), *Op. cit.*

Karlovy Vary (Karlsbad) y en Vichy. A veces sucede que la fuente-paseo se convierte en un verdadero monumento, como en Baden-Baden la *trinkhalle* construida por Heinrich Hübsch (1837-1840). Este tipo de edificio presenta una forma tal que pasa a estar considerado como el modelo alemán, de suerte que podemos encontrar el nombre de «trinkhalle» en otros países. Estas galerías consiguieron a finales del s. XIX proporciones gigantescas y una gran suntuosidad decorativa gracias a la construcción en hierro y vidrio. Los más famosos ejemplos son las grandes galerías metálicas de Spa (1878), Marienbad (1892-3), sobre todo, o Vittel (1897-1905). Se encuentran también importantes columnatas barrocas en varias estaciones, como Karlovy Vary (1881) o Montecatini (baños Tettucio, 1918-1928). En la costa, es el «pier» de Brighton el arquetipo (1823) que ha jugado este papel de atracción hacia los turistas. Por otra parte, las salas de juego se asociaron con frecuencia a este tipo de construcciones.

Los pabellones de las fuentes se convirtieron a menudo, en términos de imagen de marca, en el punto central de las estaciones, encontrándose reproducidos en los carteles, las etiquetas de botellas, favoreciendo los recorridos que hasta allí conducían. Contrexéville, Evian, Bad Ischl, Baden-Baden se dotaron de pabellones de originales fuentes, pero también Franzenbad, en la República Checa, Melgaço y Pedras Salgadas en Portugal o Loutraki en Grecia.

El casino, *kurhaus* o *kursaal* en alemán, encuentra su origen en el *vauxhall* inglés y la «*maison de conversation*», nominación francesa encontrada en diversos países. Se enriqueció a lo largo del s. XIX con salas especializadas, teatros, etc. La asociación de juegos y de aguas se remonta al s. XVIII. Es significativo que a lo largo del s. XIX en algunos países como Francia, Bélgica o Alemania los juegos fueran prohibidos, salvo en las estaciones termales, medida que fue enseguida extendida a las estaciones balnearias. En Francia fue un decreto de Napoleón, del 24 de junio de 1806, el que prohibió los juegos de azar, excepto en París y en «los lugares en donde hay aguas minerales, durante la estación de aguas solamente». Se trataba oficialmente de contribuir, mediante un porcentaje percibido sobre las ganancias del casino, a la financiación de los trabajos de construcción y cuidado de los baños. De hecho, parecía difícil suprimirlo en estos lugares ya especializados en la práctica del juego. Un turismo de casino existía entonces como anticipo de Las Vegas: Dostoïevski, quien relata en *El jugador* (1867) su dolorosa experiencia, frecuentó asiduamente los célebres casinos alemanes (Hombourg, Kissingen, Baden-Baden), pero también aquellos de las pequeñas ciudades de aguas suizas como Saxon. En su caso, no era más

que una mesa de juego lo que buscaba, pudiendo excluir cualquier otro atractivo turístico o terapéutico. El *Kurhaus*, en Alemania, se convierte en un modelo de edificio de ocio y se construye en las grandes ciudades, así como el *Cursalon* implantado en el Stadpark de Viena (1865-67).

Hay un último componente que caracteriza la visión que el s. XIX da del termalismo y que comparte con otros centros de vacaciones y los nuevos lugares del turismo, el cosmopolitismo. Al menos en lo que se refiere a algunas grandes ciudades de aguas que aseguraban esta visión del termalismo, pues la mayoría de los cientos de pequeñas estaciones estaban a un lado de esta realidad. Así lo ha demostrado Nathalie Mangin²³. En verdad, estas ciudades de aguas recibían más visitantes que curistas.

Si el turismo es también una forma de transposición burguesa de prácticas aristocráticas y contribuye a la extensión de la «clase de ocio», el termalismo se encuentra evidentemente en el corazón del proceso de identificación, puesto que durante mucho tiempo se le achacó una dimensión de mundanalidad, explotada, por otra parte, por los promotores de las estaciones, hasta tal punto que la aristocracia tuvo que abandonar los lugares que ella misma había puesto de moda, Bath por Cheltenham, antes que las playas mismas, como Scarborough o Brighton, por ejemplo, destronaran a las ciudades termales del interior. Roy Porter señala precisamente el devenir de esta evolución en Inglaterra:

«Le succès phénoménal des villes thermales anglaises s'explique facilement. Appartenant non à la couronne mais à des personnes ou à des sociétés privées, elles purent être exploitées énergiquement par des entrepreneurs locaux. Le désir de consommation des classes moyennes leur fournit une clientèle toute prête à goûter les plaisirs auxquels l'argent pouvait donner accès. L'afflux des visiteurs encouragea la construction des installations thermales, d'hôtels, de pensions, des restaurants, de boutiques, le développement du réseau de communications, et entretint un climat de gaieté soutenu par une publicité effrénée. A la fin du XVIII^e siècle, Bath, ville dont la raison d'être officielle était les cures mais dont la fonction réelle consistait à répondre à la demande de loisirs commercialisés, était devenue, chose incroyable, la septième ville du royaume»²⁴.

²³ *La vie de société dans les villes d'eaux européennes de 1850 à 1914. Cosmopolitisme et nationalisme*, tesis doctoral, Universidad de París IV, 1994.

²⁴ R. PORTER, «Les Anglais et les loisirs», in A. CORBIN (dir.), *op. cit.*, p. 36.

4. La fusión termalismo-turismo certificada por la evolución de las guías

El análisis de las guías, literatura turística por excelencia, muestra bien cómo se operó muy pronto la fusión, incluso la unión, de las prácticas termales y turísticas. Este género de libros, que floreció en el s. XVIII en las estaciones de Bélgica, Alemania y Francia, demuestra la ausencia de distinción entre los consejos médicos, los resúmenes históricos, las recomendaciones a los excursionistas y los libres propósitos literarios. Son los famosos «amusements» estudiados²⁵ desde los años 1930 y que han contribuido también a falsear la imagen del termalismo clásico. Este tipo de colecciones de anécdotas encuentra en las estaciones un marco de desarrollo y toma los aspectos de guía, puesto que se dirige a los visitantes. El prototipo serían los *Amusements des eaux de Spa* (1734) del barón de Pöllnitz, capellán del rey de Prusia. Precisamente, en su subtítulo se explicita: «ouvrage utile à tous ceux qui vont boire les eaux minérales sur les lieux». Rápidamente otras estaciones como Aix-la-Chapelle, Baden-Baden y Wiesbaden, pero también los baños de Suiza o Bagnères-de-Bigorre, se dotaron de tales obras donde se mezclaban ficción, publicidad, asuntos médicos, indicaciones topográficas, etc. El género fue relegado a principios de s. XIX por el de viajes pintorescos donde la litografía se convirtió en el soporte de la imagen de la estación termal tan soñada como exacta²⁶.

Se ha podido demostrar que las aguas contribuyeron al desarrollo de las guías turísticas, ya que las estaciones termales eran objetivos y etapas importantes. Así, el primer guía, Joanne²⁷, en 1841, dedica un amplio espacio a las ciudades termales. Jérôme Penez²⁸ señala que en el conjunto de la colección de los 72 volúmenes propuestos por la colección Joanne en 1912, 16 están compuestos por ciudades de aguas en sus títulos. El mismo Joanne concibió en 1860, con la ayuda del doctor

²⁵ En particular, Fernand ENGERAND, *Les Amusements des villes d'eaux à travers les âges*, Plon et Nourrit, Paris, 1936.

²⁶ «Représentation de la ville d'eaux. Statut de l'image dans les guides thermaux français entre 1840 et 1870», *Les Guides imprimés du XVIIe au XXe siècle. Villes, paysages, voyages*, coloquio de la Universidad de París VII, Belin, Paris, 2000, pp. 207-220.

²⁷ *Itinéraire descriptif et historique de la Suisse, du Jura français, de Baden-Baden et de la Forêt-Noire, de la Chartreuse de Grenoble et des eaux d'Aix, du Mont-Blanc, de la Vallée de Chamonix, du Grand-Saint-Bernard et du Mont-Rose*, Paulin, Paris, 1841.

²⁸ «Guides imprimés et thermalisme en France, 1850-1914: pluralité, originalité, développement», *Les Guides imprimés du XVIIe au XXe siècle, op. cit.*, p. 224.

Auguste Le Pileur, una guía titulada *Les Bains d'Europe. Guide descriptif et médical. Les eaux d'Allemagne, d'Angleterre, de Belgique, d'Espagne, de France, d'Italie et de Suisse*, como si existiera desde entonces un turismo termal²⁹. En verdad, este tipo de guías se destinó tanto a los médicos, como a los visitantes, al ayudarles a la hora de elegir una estación, estando concebidas como el vademécum para un visitante de una ciudad de aguas.

En cada país, las guías dedicadas a las ciudades termales vieron la luz a lo largo del s. XIX, dando cuenta, gracias a la cada vez mayor especialización de este tipo de libros, del comienzo de una forma de turismo termal que enseguida pasó a englobar el conjunto de los lugares balnearios. Es significativo que un especialista del género, el doctor Augustus Bozzi Granville, que escribió desde 1841 los *Bains d'Europe. Manuel du voyageur aux eaux d'Allemagne, de la France, de la Belgique, de la Savoie, de la Suisse...* publicara el mismo año en Inglaterra una guía termal que englobaba también las playas: *The Spas of England and principal sea-bathing places* (Londres, H. Colburn, 1841). Edwin Lee, quien publicó sobre los baños ingleses y alemanes, hizo también promoción de Niza y Hyères. Por consiguiente, Inglaterra anticipa un proceso de expansión que ilustra la famosa guía francesa del Dr. Constantin James, cuyas primeras ediciones, a partir de 1851, se titularon *Guide pratique aux principales eaux minérales de France, de Belgique, d'Allemagne, de Suisse, de Savoie et d'Italie, contenant la description détaillée des lieux où elles se trouvent, ainsi que la composition chimique, les propriétés médicales et le mode d'emploi de ces sources, suivi de quelques considérations sur les étuves, les bains de gaz et les bains de mer*. La sexta edición, de 1867, concede un nuevo espacio a los baños de mar y a las estaciones de invierno: *Guide pratique aux eaux minérales et aux bains de mer, contenant... des études sur l'hydrothérapie, un Traité de thérapeutique thermale et augmenté d'une Notice sur les stations d'hiver*. A partir de 1895 se reemplazó por tres guías especializadas, una para los baños termales, otra para los baños de mar y una última para las *Résidences d'hiver*.

A través de las guías, un doble proceso sostiene, pues, el dualismo termalismo-turismo: por una parte, las guías nacionales e internacionales

²⁹ Esta guía es una de las pocas de esta época que incluye España, país riquísimo en fuentes, hasta el punto de suscitar los celos de los franceses, aunque en sus ciudades termales rara vez se encontraba una clientela que no fuera nacional. Se ignora aún más a Portugal, donde, sin embargo, el termalismo se había expandido de manera también rápida.

que crean una especie de red de ciudades de aguas, las cuales se visitan más bien en estancias de curas de tres semanas; por otra parte, la asociación dedicada entre termalismo, baños de mar y vacaciones de invierno. En el primer cuarto de siglo, la unión entre aguas minerales, baños de mar, estaciones de invierno y pronto climáticas quedó definitivamente establecida, aunque aparezca cada vez más claramente que el valor terapéutico de los baños de mar no era primordial. A menudo la legislación ratificó esta fusión, ya que las estaciones termales tenían el derecho de deducir las tasas de turismo, tomado de la *Kurtaxe* alemana. Las mismas guías confirman el acercamiento. Theodor Gsell Fels escribe *Die Bäder und klimatischen Kurorte Deustchland*, Zurich (1885-1891). En cuanto a la de Emile Badoche, aparecida de 1883 a 1890, su título es explícito: *Dictionnaire du baigneur et du touriste, Guide-annuaire aux eaux minérales, aux bains de mer et aux villes de plaisance (hydrothérapie, maisons de santé) de la France et de l'étranger*.

Otra ilustración de este proceso se encuentra en los «trains de plaisir» y otros «voyages circulaires» en ferrocarril que se desarrollaron a partir de los años 1850 y que iban a la vez a la costa y a las estaciones termales. Además, no es casualidad que la primera oficina de turismo apareciera en Caunterets en 1884.

Conclusión

A finales del s. XIX se estableció una total equivalencia entre las distintas formas de vacaciones (campo, mar, montaña y estaciones termales), aunque se desarrollaron dos discursos paralelos: por una parte, la visión turística que englobará en lo sucesivo todas estas prácticas como variaciones del veraneo y ocio, con connotaciones mundanas y frívolas; y, por otra parte, la reafirmación de una dimensión higienista más o menos marcada. Un artículo del higienista Dr. Jules Rochard mostraba la existencia de esta oposición³⁰. Mientras que él abogaba por la estancia de salud y recomendaba las colonias de vacaciones, enumeraba las estancias en función de los efectos sanitarios buscados y no las cualidades turísticas. No hay más que menosprecio hacia «les désœuvrés, pour lesquels ce n'est qu'une affaire de mode et qui ne cherchent qu'à continuer au dehors la vie mondaine qui n'est plus possible... ceux-là se

³⁰ J. ROCHARD, «Villégiature, bains de mer et stations thermales», *Revue des Deux-Mondes*, LXVe année, vol. CXXX, 1er juillet 1895, pp. 119-146.

rendent dans les château en renom, sur les plages et dans les stations thermales fréquentées par leur monde». A las personas preocupadas por su salud, pero que disponían de menos tiempo que los «mundanos», Rochard aconsejaba: «lorsqu'on ne peut disposer que d'un mois ou deux, on a le choix entre un voyage et le séjour à la campagne ou dans les montagnes, aux bains de mer ou aux eaux minérales». En su obra señalaba que pocas ciudades italianas eran salubres y prohibía la estancia en España, ya que «l'absence de confortable y est absolue». Este tipo de discurso quería subrayar la idea de que el termalismo podría desarrollarse sin el factor mundano o turístico. La consecuencia última de ello fue la desaparición del termalismo en algunos países como Inglaterra, la medicalización extrema y el empobrecimiento de este sector en un gran número de países de la Europa occidental.

Los vínculos tejidos por el termalismo y el turismo no son sólo históricos (sin que sea posible en este momento decir qué práctica precede a la otra), sino también orgánicos, lo cual conduce a la naturaleza misma de la práctica termal, a los lugares y a los tiempos de su realización, al desplazamiento hacia las fuentes (que el embotellamiento nunca reemplazó) o a la estancia relacionada con el veraneo. El termalismo, pues, estuvo presente en todos los cambios de las aspiraciones de las clases acomodadas, en todas las transformaciones de la herencia de los rituales aristocráticos del s. XVIII hacia las actividades deportivas y de «distinción». Además de su innegable especificidad y su anterioridad, asumió, pues, desde finales del s. XVIII las mismas funciones sociales e imaginarias que el turismo. Aunque este último, por su capacidad de integrar las prácticas más diversas, terminó por englobarlo.